

Informe final de investigación con reflexiones y resultados de la investigación, de extensión mínima de 8.000 palabras:

Introducción

Nosotras, las mujeres sikuani del colectivo **MUJERES SIKUANI**, vivimos en una tierra donde el agua y el monte definen nuestras vidas. Desde siempre, hemos sentido el latido de nuestro entorno en nuestras manos y en nuestros cuerpos, que dialogan constantemente con la palma de moriche. Este proyecto que ahora presentamos, titulado *Entre tejidos y semillas: mujeres sikuani y la palma de moriche*, nace de ese diálogo profundo y de la necesidad de mantener viva nuestra conexión con este árbol que nos sostiene y que simboliza nuestra capacidad de adaptarnos, resistir y transformar. Este proyecto fue ejecutado entre junio y noviembre de 2024, gracias al apoyo del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) a través de la **Beca de apropiación - Investigación participativa**.

En nuestras manos, las fibras de la palma de moriche se convierten en objetos útiles y hermosos que reflejan no solo nuestro ingenio, sino también nuestra cosmovisión. La palma nos da techos para nuestras casas, canastos para cargar nuestros frutos y jugos que alimentan a nuestras familias. Sin embargo, no es solo un recurso; es un ser vivo con el que compartimos una relación profunda y simbiótica. Por eso, decidimos iniciar este proyecto con el objetivo de cuidar, entender y revitalizar esta relación, aprendiendo de las semillas lo que necesitan para prosperar y crecer.

Hemos establecido un vivero comunitario, un espacio de aprendizaje colectivo donde experimentamos con las semillas, las protegemos y les damos un lugar para germinar. Este lugar es más que un banco de semillas; es un laboratorio donde exploramos cómo nuestras manos, nuestros cuerpos y nuestras canciones influyen en la vida de las palmas. Hemos observado que la palma responde de maneras únicas según quién la siembra: cuando son nuestras jóvenes las que plantan, las palmas parecen acumular más humedad y vitalidad.

A pesar de nuestro esfuerzo y dedicación, enfrentamos desafíos constantes. Las demoras en los fondos que esperábamos recibir para este proyecto nos pusieron a prueba, y el trabajo físico que implica cuidar las palmas no siempre es fácil. Las quemas inesperadas en la morichera nos obligaron a repensar nuestras estrategias, pero aprendimos de la resistencia de las plantas que sobrevivieron. Esos momentos difíciles nos recordaron nuestra propia resiliencia como mujeres sikuani.

La transmisión de conocimientos entre generaciones ha sido uno de los pilares de este proyecto. Las abuelas nos enseñan a las adultas, y nosotras compartimos esos aprendizajes con las niñas y adolescentes. Así, mantenemos viva la tradición y creamos un puente entre nuestro pasado y nuestro futuro. A través de actividades como la siembra, la recolección de semillas y la creación de artesanías, reforzamos nuestro lazo comunitario y profundizamos nuestro entendimiento de la palma de moriche.

Creemos que cada palma sembrada es un acto de resistencia frente a las amenazas del cambio climático y la pérdida de biodiversidad. También es una manera de desafiar las políticas que, sin entender nuestras realidades, limitan el uso de los recursos que nos son esenciales. Por eso, hemos convertido este proyecto en una plataforma para demostrar que es posible encontrar un equilibrio entre la conservación y el uso sostenible de la naturaleza.

Nuestro territorio, el resguardo Wacoyo, no solo es nuestro hogar, sino también el escenario de nuestras luchas y nuestras victorias. Aquí, en esta tierra que compartimos con el río y el monte, hemos trabajado para fortalecer nuestras prácticas materiales y nuestra economía local. Cada semilla que germina, cada palma que crece y cada objeto que tejemos son testimonios de nuestra conexión con el entorno y de nuestra determinación por protegerlo.

El proyecto también nos ha permitido visibilizar nuestras prácticas y nuestro conocimiento tradicional en espacios más amplios. A través de talleres, encuentros y piezas visuales, compartimos nuestras experiencias con otras comunidades y con el público general. Queremos que nuestra historia inspire a otros a cuidar la naturaleza y a valorar los saberes indígenas como herramientas vitales para enfrentar los desafíos ambientales y sociales de hoy.

Nosotras, las mujeres sikuani, somos tejedoras no solo de fibras, sino también de historias, relaciones y futuros. Este proyecto es una muestra de nuestra capacidad para transformar nuestro entorno con respeto y cuidado, manteniendo vivos nuestros conocimientos ancestrales. Cada palma que plantamos, cada semilla que cuidamos, es una promesa de continuidad para nuestra cultura y una contribución a la biodiversidad de nuestro planeta.

Finalmente, queremos invitar a quienes lean este informe a unirse a nuestro esfuerzo. Creemos que la palma de moriche no solo nos pertenece a nosotras, sino que es parte de un ecosistema que debemos proteger juntos. Al fortalecer nuestra relación con la naturaleza, fortalecemos también nuestra relación como comunidad. Este proyecto, ejecutado gracias a la **Beca de apropiación - Investigación participativa** otorgada por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia, es solo un inicio, pero representa un camino hacia un futuro más sostenible y justo para todas nosotras y para quienes vendrán después.

Nuestro contexto

Nosotras, mujeres sikuani, hemos vivido siempre en profunda conexión con las vastas llanuras de la Orinoquia colombiana, un territorio que nos enseña a respirar al ritmo de sus ríos, a escuchar el susurro de los morichales y a mirar el horizonte que parece no tener fin. Este espacio no es solo nuestro hogar; es un ser viviente que nos nutre y nos guía, un cuerpo que vibra con los ciclos de la naturaleza. Aquí aprendemos del agua, que sube y baja con las estaciones, del sol que calienta nuestra piel mientras sembramos, y del viento que transporta las historias de nuestros ancestros. Para nosotras, la tierra es mucho más que un espacio físico; es una madre, una maestra, una compañera que nos habla en susurros cuando la tocamos, cuando recogemos sus frutos o cuando la defendemos de quienes la quieren transformar en mercancía. Cada rincón de este territorio, desde

los humedales que sostienen las moricheras hasta los senderos marcados por los pasos de nuestras mayores, está cargado de memoria, de sabiduría y de vida.

El moriche, la palma que crece en nuestros humedales, es una de nuestras mayores aliadas. No es solo una planta, sino un ser que nos conecta con la tierra y con quienes vinieron antes que nosotras. Su fruto alimenta a nuestras familias, su fibra se transforma en tejidos que usamos y comercializamos, y sus raíces beben del agua para sostener el equilibrio de nuestros suelos. Trabajamos en torno al moriche con respeto y cuidado, siguiendo los ritmos de la naturaleza que nos marcan cuándo recolectar, cuándo sembrar y cuándo permitir que la palma descance. En estas actividades, nuestras manos no solo crean; también aprenden y enseñan, porque cada cesta tejida, cada fibra recolectada, lleva consigo las historias que nuestras abuelas nos contaron y que ahora transmitimos a nuestras hijas. El trabajo con el moriche no es una labor individual, es un acto colectivo que fortalece nuestros lazos como comunidad y nos recuerda que vivimos en un mundo donde todo está conectado.

A pesar de la riqueza que nos ofrece nuestro territorio, también hemos tenido que enfrentarnos a muchas amenazas. Desde la llegada de los europeos, nuestra tierra ha sido codiciada y explotada, sometida a políticas y proyectos que buscan transformar la Orinoquia en un espacio de producción económica, ignorando nuestras formas de vida. Las haciendas, los monocultivos y las políticas agrarias impuestas han intentado despojarnos de nuestra autonomía, y sin embargo, hemos resistido. Nosotras, las mujeres sikuani, hemos aprendido a luchar por nuestra tierra y por el derecho a vivir en ella según nuestras prácticas y tradiciones. Cada acto de resistencia, ya sea plantar un nuevo moriche, tejer una hamaca o defender nuestras tierras en las reuniones con el gobierno, es un acto de amor hacia nuestra comunidad y hacia el territorio que nos sostiene. La lucha no ha sido fácil, pero estamos aquí, más fuertes y más unidas que nunca.

Nuestro territorio es un ecosistema vivo que requiere cuidado constante, y entendemos que nuestra relación con él no puede basarse en el dominio, sino en el diálogo y la reciprocidad. Las moricheras son un ejemplo claro de esta conexión. Allí, entre el agua y la tierra, se teje una red de vida que sostiene no solo a las palmas, sino a una multitud de seres que dependen de ellas: aves, insectos, peces y nosotras mismas. Cuando cuidamos de las moricheras, estamos cuidando de todo un ecosistema, entendiendo que la vida de cada ser está interconectada. Este cuidado no es un acto pasivo; requiere de nuestro trabajo colectivo, de nuestra disposición para aprender del entorno y de nuestra capacidad para adaptarnos a los cambios que trae el tiempo. En las moricheras no solo encontramos sustento, sino también un espacio para reflexionar sobre nuestra relación con el mundo, sobre lo que significa ser parte de una red más grande de vida.

En las últimas décadas, la creación de resguardos indígenas ha sido una herramienta para proteger nuestra relación con el territorio, pero también ha traído desafíos. Si bien estas reservas nos han permitido recuperar cierto control sobre nuestras tierras, también nos han obligado a adaptarnos a las reglas y estructuras impuestas desde afuera. Nos hemos visto en la necesidad de aprender a dialogar con el Estado, a exigir nuestros derechos y a enfrentarnos a los terratenientes que buscan apropiarse de nuestras tierras. A pesar de estas dificultades, hemos logrado mantener vivas nuestras

prácticas tradicionales, adaptándolas a los nuevos contextos sin perder su esencia. Nuestra fortaleza radica en nuestra capacidad para resistir y reinventarnos, en nuestra habilidad para tejer nuestras historias con los hilos del presente y del pasado.

El agua, que inunda los Llanos durante las lluvias y se retira dejando fértiles llanuras en la temporada seca, es una de nuestras mayores maestras. Nos enseña a ser resilientes, a adaptarnos a los cambios y a celebrar los ciclos de la vida. En nuestras prácticas diarias, aprendemos a trabajar con el agua, respetando sus ritmos y entendiendo su importancia para todo el ecosistema. Los humedales que sostenemos no son solo espacios de vida para las palmas de moriche; son también refugios para muchas especies y un recordatorio de la interdependencia que define nuestro mundo. Cada vez que trabajamos en estos espacios, recordamos que nuestra relación con la tierra y el agua no es de explotación, sino de cuidado mutuo.

La colectividad es un pilar fundamental de nuestra vida. Todo lo que hacemos, desde la recolección de frutos hasta las mingas de trabajo, lo hacemos juntas. En estas actividades no solo compartimos tareas; también compartimos conocimientos, experiencias y sueños. Las mingas son espacios donde nuestras mayores nos enseñan sus saberes, donde las jóvenes aprenden y donde todas nos fortalecemos como comunidad. En estos encuentros, entendemos que nuestra fuerza no está en lo que cada una puede hacer por separado, sino en lo que podemos lograr juntas. Cada fibra tejida, cada semilla plantada y cada historia compartida nos recuerda que somos parte de algo mucho más grande que nosotras mismas.

Sin embargo, no somos ajenas a las presiones externas que buscan transformar nuestro territorio. El interés en la Altillanura, una subregión estratégica de la Orinoquia, ha traído consigo proyectos agroindustriales que amenazan con alterar los equilibrios naturales de nuestra región. Sabemos que estas iniciativas ven la tierra como un recurso económico, ignorando su valor como base para la vida. Frente a estas amenazas, nosotras seguimos defendiendo nuestro derecho a gestionar el territorio según nuestras prácticas, demostrando que es posible vivir en armonía con el entorno y que nuestra relación con la tierra puede ser un modelo para el resto del mundo.

Nuestra conexión con el territorio es también una fuente de inspiración y de aprendizaje para nosotras. Cada día, mientras trabajamos con el moriche, reflexionamos sobre nuestra responsabilidad hacia la tierra y hacia las generaciones futuras. Sabemos que nuestra relación con el entorno no es estática; evoluciona con el tiempo, adaptándose a los desafíos y a las oportunidades que encontramos. En este proceso, encontramos esperanza y motivación para seguir adelante, sabiendo que nuestras prácticas no solo benefician a nuestra comunidad, sino también al equilibrio del planeta.

Hoy, nosotras, mujeres sikuani, alzamos nuestras voces para recordarle al mundo que nuestras vidas están profundamente entrelazadas con la tierra que habitamos. Seguimos aquí, cuidando, aprendiendo y enseñando, tejiendo nuestras historias con los hilos de la naturaleza y construyendo un futuro donde nuestra conexión con el territorio sea reconocida y valorada. Nuestro compromiso con la vida, con la tierra y con nuestra comunidad es inquebrantable, y seguiremos trabajando

juntas para proteger lo que es más sagrado para nosotras: nuestro hogar, nuestra tierra, nuestra madre.

De nómadas al resguardo Wacoyo

Nosotras, las mujeres sikuani, hemos vivido siempre en una relación profunda con el movimiento, el agua y la tierra. Nuestros ancestros nos enseñaron a ser nómadas, a adaptarnos a los ritmos de la naturaleza, recolectando, cazando y cultivando pequeños huertos según las estaciones y las señales del entorno. Sin embargo, la vida nos ha llevado a cambiar. Ahora, habitamos el resguardo Wacoyo, un espacio fijo que nos da seguridad, pero que también nos ha obligado a reinventarnos como comunidad. Aunque echamos de menos la libertad de recorrer nuestro territorio como lo hacían nuestros abuelos, nos reconocemos como gente de agua, conectadas con los ríos y las plantas que nos sustentan. Esta vida más sedentaria nos ha traído nuevos desafíos, como aprender a gestionar un territorio delimitado y adaptarnos a dinámicas más estables, pero también nos ha dado la oportunidad de organizarnos para preservar nuestras tradiciones, proteger nuestras tierras y transmitir nuestros saberes a las nuevas generaciones.

En el resguardo Wacoyo, convivimos alrededor de 350 familias, repartidas en comunidades que llevan nombres cargados de identidad: Chaparral, Guamito, Wualabo, Yuluwa, Corocito, Yopalito y La Hermosa. Nuestras casas son sencillas, con paredes de madera, techos de zinc o fibras tejidas, y pisos de tierra, y a menudo se levantan con el esfuerzo colectivo de quienes vivimos aquí. Organizamos nuestra vida bajo una estructura comunitaria que refleja nuestros valores de solidaridad y respeto. Cada comunidad tiene su capitán, mientras que el gobernador del resguardo es nuestra voz ante el gobierno y otras instituciones. La cercanía entre nuestras familias y la cooperación diaria fortalecen nuestro tejido social, aunque también surgen tensiones porque compartir un territorio fijo no siempre es fácil. Pero aprendemos a resolver nuestras diferencias, conscientes de que no solo convivimos entre nosotras, sino también con todas las formas de vida que habitan este lugar: el agua, las plantas, los animales y los espíritus que nos acompañan. Aquí, en Wacoyo, seguimos cuidando lo que somos y lo que hemos construido juntas.

Maderas y moriche

Nosotras, las mujeres sikuani, compartimos nuestro territorio con las palmas de moriche y los árboles del monte, que nos dan materiales para nuestras prácticas diarias y para sostener nuestras familias. En el resguardo Wacoyo, trabajamos codo a codo con los hombres en actividades que han pasado de generación en generación, como la talla en madera. Los hombres, liderados por el médico tradicional Ramiro Moreno Yepes, transforman troncos de árboles como el machaco, el chaparro de agua y el saladillo en figuras que no solo tienen valor económico, sino también espiritual. Estas tallas representan animales como la tortuga, el oso palmero y el tigre mokoko, que no son simples decoraciones, sino relatos tallados que conectan el pasado y el presente. Cada figura tiene un significado y lleva consigo las historias que nuestros mayores han contado: relatos sobre el origen

de la vida, los animales totémicos y los ciclos de la Tierra. Para nosotras, estos objetos tallados no son solo madera; son memoria viva, marcadores de quiénes somos y de lo que nos rodea.

El proceso de trabajo con la madera no es algo que se haga a la ligera. Los hombres cortan los árboles con cuidado, seleccionando los troncos adecuados según lo que vayan a tallar. Una vez que tienen la madera, se sumergen en el silencio del taller, concentrados en cada golpe de gubia, en cada movimiento de la mano. Mientras tanto, nosotras también participamos en los ciclos del territorio. Aunque ellos trabajan con los troncos, nosotras nos encargamos de las palmas de moriche, extrayendo sus fibras para tejer y asegurándonos de que el monte siga ofreciendo lo que necesitamos. Ambas actividades son complementarias, y juntas forman parte de lo que aquí llamamos *Unuma*, esa forma de trabajar en colectivo que nos enseña el valor de cuidar el entorno y a nuestra comunidad al mismo tiempo.

En el monte, todo tiene un propósito. Cuando se corta un tronco, no es solo para obtener madera; es un acto que implica pedir permiso y devolver algo al territorio. En una ocasión, acompañamos a los hombres al monte para recoger madera que serviría en la construcción de un vivero. Durante el recorrido, aprendimos a diferenciar los palos útiles, como aquellos con una bifurcación en forma de Y, de los que no lo son. Es un conocimiento que no se enseña en libros, sino que se adquiere con el tiempo, observando el entorno y escuchando a quienes saben. Aunque ahora contamos con herramientas modernas como el motocultor, que facilitan el transporte de los troncos, seguimos respetando las prácticas tradicionales. Las herramientas, como el machete o la gubia, nos conectan con el material de una manera que las máquinas no pueden. Es a través del contacto con la madera que sentimos su resistencia, su textura, su historia.

Las piezas talladas por los hombres del resguardo han viajado lejos, incluso han formado parte de proyectos con otros pueblos indígenas como los piapoco y los achagua. Es bonito ver cómo la madera, que alguna vez fue parte de un árbol en nuestro monte, se transforma en algo que lleva nuestras historias a otros lugares. Pero también nos recuerda que la madera sigue viva, incluso después de ser cortada.

Mientras ellos trabajan la madera, nosotras continuamos con nuestras tareas en el conuco y en la morichera. Somos nosotras quienes sembramos y cuidamos los cultivos de ají, batata, ñame y yuca. También recolectamos frutos silvestres y preparamos alimentos, asegurándonos de que nuestras familias tengan lo necesario para vivir. Además, el trabajo con el moriche nos da una oportunidad de independencia económica. Con las fibras que extraemos, tejemos canastos, accesorios y otros productos que luego vendemos o intercambiamos. Esto no solo nos permite aportar al sustento de nuestros hogares, sino también mantener vivas nuestras tradiciones y fortalecer nuestra conexión con la tierra.

La madera y el moriche, aunque distintos, nos enseñan lecciones similares sobre la vida en el resguardo. Ambos materiales nos muestran que el monte no es solo un lugar para obtener recursos, sino un espacio de aprendizaje y reciprocidad. Trabajar con ellos no es un proceso unidireccional; sentimos que cada pieza, cada fibra, cada tronco tiene algo que enseñarnos. Nosotras les damos forma, pero ellos nos dan historias, conexiones y maneras de entender el mundo. Esta relación nos

inspira a cuidar el monte, a respetarlo y a transmitir estos saberes a nuestras hijas e hijos, para que ellos también aprendan a escuchar lo que la tierra tiene que decir.

Sin embargo, no todo es perfecto. Sabemos que algunas dinámicas están cambiando, especialmente con la llegada de empresas y la influencia de la agroindustria. Los hombres que trabajan en esos sectores traen ingresos, pero a veces también traen problemas, como el consumo excesivo de alcohol, que afecta la estabilidad de las familias. Por eso, nosotras buscamos nuestras propias formas de generar ingresos, de tener una economía que no dependa de factores externos y que esté arraigada en nuestras tradiciones. El trabajo con el moriche y la madera no solo es un sustento económico, sino una forma de resistencia, una manera de decir que seguimos aquí, cuidando lo nuestro.

Al final, todo se conecta. La madera que los hombres tallan, las fibras que nosotras tejemos, los cantos que entonamos al trabajar, son partes de una misma historia. En nuestro territorio, cada elemento tiene un papel y una lección que enseñarnos. Mientras sigamos trabajando juntas y cuidando del monte, sabemos que podremos enfrentar cualquier desafío que venga. Y así, entre tallas y tejidos, entre rezos y canciones, seguimos construyendo nuestra vida en equilibrio con la tierra que nos sostiene.

Nuestra relación con el moriche

Nosotras, las mujeres del resguardo Wacoyo, vivimos entrelazadas con el moriche, una palma que no solo sostiene nuestras economías, sino que también conecta nuestras vidas con la Tierra que habitamos. Nuestra relación con esta palma ha sido forjada a lo largo de generaciones, perfeccionando técnicas de tejido que aprendimos de nuestras madres y abuelas. De las fibras del moriche nacen canastos, accesorios, vajillas e individuales, objetos que llevan en cada hebra el eco de nuestras manos y la memoria de nuestro entorno. Este trabajo no solo nos da ingresos propios, sino que también nos permite reafirmar nuestra autonomía como mujeres y cuidar de nuestras familias, todo mientras mantenemos viva nuestra conexión con la Tierra. Sin embargo, nuestra economía emergente enfrenta retos, porque aunque extraemos el moriche con cuidado, las semillas no siempre prosperan como quisiéramos, y la disponibilidad de otras fibras, como el cumare, ha disminuido con el tiempo. Estos desafíos nos hacen reflexionar sobre cómo podemos regenerar y manejar los materiales de manera sostenible, garantizando que sigan alimentando nuestras manos, nuestra comunidad y nuestro territorio.

Hemos intentado sembrar semillas de moriche en campos de reforestación, pero notamos que no crecen tan bien como en las zonas húmedas naturales. Por eso, algunas de nosotras decidimos plantar cerca de nuestras casas, donde la proximidad nos permite cuidarlas más de cerca. Al estar rodeadas de nuestras actividades diarias, las palmas parecen prosperar mejor, como si respondieran al contacto constante con nuestras vidas. Las hablamos, las cuidamos, las integramos en el ámbito familiar. Sin embargo, también enfrentan dificultades. La sombra de las casas a veces limita su luz, y los jabones que usamos cerca pueden afectar la calidad del suelo. Esto nos enseña que el

equilibrio entre cuidado y condiciones naturales es delicado y requiere atención constante. Estos experimentos con el moriche nos han llevado a reflexionar sobre cómo las palmas se integran a nuestra vida cotidiana y cómo influimos mutuamente en nuestra existencia.

El moriche crece en la morichera, un espacio sagrado y vital para nosotras, porque allí la palma encuentra las condiciones que necesita: agua, suelo húmedo y una biodiversidad que la acompaña. Este ecosistema es mucho más que un lugar para extraer materiales; es un refugio de vida, un lugar que regula el agua, alberga animales y plantas, y nos conecta con el entorno. Cada vez que entramos a la morichera, sentimos que cruzamos un umbral hacia un espacio que nos nutre y nos recuerda quiénes somos. Allí, el moriche no es solo una planta; es un puente entre nosotras y la Tierra. Su relación con el agua y el suelo nos enseña a valorar la interdependencia de todos los seres que compartimos este espacio.

Nuestro trabajo en la morichera no se trata solo de extraer materiales; es una práctica colectiva que nos une como comunidad. Cuando organizamos un Unuma, trabajamos juntas en cada paso: recolectamos los cogollos, los cocinamos, los secamos y finalmente los tejemos. Cada mujer tiene un rol, desde las niñas más pequeñas que observan y juegan con las fibras hasta las ancianas que lideran el proceso con su sabiduría. Este trabajo en equipo no solo refuerza nuestros lazos, sino que también nos permite transmitir conocimientos a las más jóvenes, asegurando que nuestras prácticas perduren. La morichera es nuestro espacio de aprendizaje, donde las historias y habilidades fluyen de una generación a otra, uniendo nuestras vidas en una red que sostiene tanto a nuestras familias como al entorno.

En nuestros procesos de siembra, hemos observado algo que nos llama la atención: cuando sembramos las mujeres, las palmas crecen mejor, acumulando más agua y humedad en el suelo. Si los hombres siembran solos, la tierra tiende a secarse más rápido, y el crecimiento de las palmas se dificulta. Pero cuando trabajamos juntos, combinando las fuerzas del hombre y la mujer, las palmas prosperan con más vigor. Es como si el acto de sembrar reflejara el equilibrio necesario entre nuestras energías, uniendo nuestras manos en un gesto que da vida no solo a la planta, sino también al ecosistema que la rodea. Esta observación nos muestra cómo nuestras acciones, guiadas por la colaboración, tienen el poder de transformar la tierra que habitamos.

Aunque el tejido del moriche es una actividad nuestra, las mujeres, también participamos en otros procesos esenciales, como la preparación de la madera de machaco, utilizada por los hombres para tallar. Nosotras teñimos y ablandamos esta madera, masajeándola con una mezcla de guamo loro y carbón para darle su color negro profundo y facilitar el trabajo de los talladores. Este paso es más que un proceso técnico; es una forma de conectar nuestras manos con la materia de la Tierra, de preparar lo que ellos trabajarán después. Así, aunque la talla sea un arte masculino, nuestra labor es indispensable, recordándonos que el equilibrio entre nuestros roles asegura que nuestras tradiciones sigan vivas.

Nuestro vínculo con las palmas y los materiales de la Tierra no es solo práctico; está profundamente influido por nuestros cuerpos y nuestras vidas como mujeres. Hemos notado que durante ciertos momentos, como el embarazo, nuestras acciones parecen afectar el crecimiento de las plantas.

Cuando estamos embarazadas, las palmas a veces crecen más rápido, como si respondieran a la energía de la vida que llevamos dentro. Sin embargo, durante el periodo menstrual, evitamos sembrar, pues creemos que podría marchitar las plantas. Estas prácticas, guiadas por nuestra observación y conexión con la Tierra, nos enseñan que nuestros cuerpos están en constante diálogo con el entorno, influyendo en él tanto como él nos influye a nosotras.

En colaboración con otras mujeres del resguardo, hemos iniciado procesos de investigación participativa para entender mejor nuestra relación con el moriche. Nos hacemos preguntas sobre cómo nuestra edad, nuestras experiencias y nuestros cuerpos influyen en el crecimiento de las palmas. ¿Creece diferente una palma sembrada por una niña que una plantada por una anciana? ¿Qué impacto tienen los cantos de las mujeres en su desarrollo? Estas preguntas nos guían mientras experimentamos, compartimos conocimientos y reflexionamos juntas. Queremos asegurarnos de que nuestras prácticas no solo sean sostenibles, sino también enriquecedoras para nuestras vidas y para las de quienes vendrán después de nosotras.

En cada sesión de trabajo, nos organizamos en equipos intergeneracionales. Las ancianas lideran con su experiencia, mientras las niñas y adolescentes observan, aprenden y participan en tareas adecuadas para su edad. Entonamos cantos para pedir permiso al moriche y tomamos solo lo necesario, manteniendo un enfoque de respeto y sostenibilidad. Este proceso no solo fortalece nuestra conexión con la Tierra, sino que también construye un puente entre generaciones, asegurando que nuestras prácticas y conocimientos sigan vivos en las manos de las más jóvenes.

Nuestro trabajo con el moriche también nos ha llevado a explorar nuevas formas de compartir nuestra historia con el mundo. En una exposición llamada *Las fibras del hogar*, recreamos el paisaje de la morichera en un espacio urbano, llevando nuestras fibras, nuestras herramientas y nuestras manos a un público más amplio. Queríamos mostrar que nuestra relación con el moriche no es solo una técnica o una economía, sino una forma de vida que conecta nuestro cuerpo, nuestra comunidad y nuestro territorio. Durante la exposición, tejimos en vivo, dejando que quienes nos observaban sintieran el ritmo de nuestras manos y el espíritu de la morichera en cada movimiento.

Al final, nuestra relación con el moriche es mucho más que una economía o una tradición. Es una forma de habitar la Tierra, de cuidar y ser cuidadas, de aprender y enseñar. A través del moriche, nos conectamos con nuestro pasado y construimos nuestro futuro, trabajando juntas para sostener no solo nuestras familias, sino también el equilibrio de la vida en el resguardo. Cada fibra tejida es un testimonio de nuestra resistencia, de nuestra creatividad y de nuestro amor por el territorio que nos sostiene.

Nuestras semillas

Nosotras, las mujeres del resguardo Wacoyo, hemos encontrado en el moriche una aliada resistente y generosa. Después de un año y medio de trabajo colectivo, hemos observado cómo las palmas sembradas han desarrollado una notable resistencia frente a las condiciones cambiantes del clima, adaptándose incluso al fenómeno de El Niño. Sin embargo, la recolección de semillas en ciertos

momentos del año puede ser limitada, lo que nos llevó a crear un vivero que funciona como un banco de semillas. Este espacio se ha convertido en un lugar de encuentro, cuidado y aprendizaje mutuo, donde interactuamos directamente con las semillas, los suelos y las palmas, integrando nuestros cuerpos en una relación de cuidado recíproco. Aquí no solo sembramos, también cantamos, observamos y experimentamos, reconociendo que el acto de cultivar es mucho más que una tarea técnica; es un compromiso con la Tierra, con nuestras familias y con las generaciones futuras.

El vivero es un espacio de trabajo colectivo donde organizamos las semillas en grupos, de la misma manera en que nos organizamos nosotras. Según nuestras edades, trabajamos con palmas específicas para observar cómo influye nuestra corporalidad en su desarrollo. En este proceso, nos damos cuenta de que nuestras interacciones con las palmas trascienden lo material; hay un diálogo constante entre nuestras manos y las plantas, un intercambio que fortalece tanto a las semillas como a nosotras mismas. Cantamos para acompañarlas, regamos el suelo con cuidado y, al hacerlo, renovamos nuestra conexión con el entorno. Estas prácticas nos enseñan que el cuidado de la Tierra no es solo un deber, sino una forma de vida que refleja nuestra responsabilidad compartida con el ecosistema que habitamos.

Recolectar las semillas de moriche no siempre es una tarea sencilla. Muchas veces tenemos que adentrarnos en zonas del monte olvidadas o contaminadas, cruzar aguas fangosas y enfrentar la presencia de culebras para recoger los frutos caídos. Es un trabajo que requiere valentía y dedicación, pero también sabiduría. Siguiendo los conocimientos de nuestras abuelas, hemos aprendido a identificar los frutos maduros, con su cáscara marrón rojiza y su pulpa amarilla y jugosa, que no solo sirve para sembrar, sino que también tiene múltiples usos en la alimentación y el cuidado personal. En el vivero, experimentamos con nuevas formas de aprovechar el moriche, como la producción de harina o jabones, combinando prácticas ancestrales con ideas innovadoras que nos permiten fortalecer nuestra autonomía y sostenibilidad.

Después de recolectar las semillas, preparamos un hueco en el suelo húmedo cerca del vivero, donde iniciamos su germinación. Es fascinante observar cómo las semillas comienzan a hundirse en la tierra, buscando las condiciones perfectas para brotar. Este proceso nos muestra que el suelo no es solo un espacio físico; es un ecosistema vivo donde microorganismos descomponen la materia orgánica y promueven el crecimiento de nuevas formas de vida. En este ciclo, la tierra se convierte en una maestra que nos enseña la importancia de la reciprocidad: cuidamos de ella para que ella cuide de nosotras. Aunque los animales domésticos a veces intervienen en el semillero, hemos encontrado maneras de manejar esta interacción para mantener el enfoque en nuestra relación con las palmas.

La germinación en el suelo húmedo nos lleva a reflexionar sobre cómo los humedales y campos de cultivo son parte de una red de historias interconectadas. Aquí, vivir y morir forman un ciclo en el que cada ser contribuye al florecimiento de otros. En nuestras sesiones de trabajo en la morichera, no solo cuidamos de las nuevas palmas, también prestamos atención a los pequeños organismos que encontramos, como lombrices que usamos como carnada para pescar o larvas de mojójoy que

sirven como alimento. Estas interacciones nos recuerdan que el moriche es mucho más que una palma; es un espacio de vida donde la Tierra y nosotras coexistimos en una relación de cuidado mutuo y aprendizaje constante.

La morichera, para nosotras, no es solo un lugar de trabajo; es un espacio de reproducción de la vida. A través de nuestras actividades en ella, descubrimos que cada acción tiene un impacto en el ecosistema y que nuestras manos pueden contribuir a su regeneración. Aquí, aprendemos a habitar la Tierra de una manera que respeta sus ciclos y reconoce nuestra interdependencia con todas las formas de vida que la comparten con nosotras. En palabras de Haraway, vivimos en una comunidad de compostaje, donde los residuos y la regeneración son parte de un mismo ciclo, enseñándonos a vivir bien en armonía con nuestro entorno.

En el vivero, nuestras prácticas no solo se enfocan en las palmas, sino también en la transmisión de conocimientos. Trabajamos en equipos que incluyen a mujeres mayores, adultas, adolescentes y niñas, cada una aportando su experiencia y energía. Las mayores lideran con su sabiduría, mientras que las niñas y adolescentes observan, aprenden y asumen tareas que les permiten involucrarse activamente. Este trabajo intergeneracional asegura que los saberes ancestrales se mantengan vivos y que nuestras tradiciones sigan evolucionando con el tiempo, adaptándose a los retos actuales sin perder su esencia.

A medida que trabajamos juntas, también reflexionamos sobre cómo nuestras acciones pueden preparar a nuestras comunidades para enfrentar desafíos como el cambio climático. Al cuidar de las palmas, aprendemos a cuidar de nosotras mismas y de nuestra relación con la Tierra. Estas prácticas nos permiten no solo sostener nuestras economías, sino también construir una educación que conecta nuestros cuerpos, conocimientos y entorno en un ciclo de crecimiento y regeneración. El moriche nos enseña a ser resilientes, a adaptarnos y a encontrar formas de florecer incluso en medio de la adversidad.

En cada palma que cuidamos, vemos un reflejo de nuestra comunidad y de nuestras vidas. Sabemos que el trabajo con el moriche es mucho más que una tarea agrícola; es una forma de sostener la vida en todas sus formas. Seguiremos sembrando, recolectando y cuidando, conscientes de que este compromiso no solo asegura el futuro de nuestras familias, sino también el equilibrio de la Tierra que habitamos. A través del moriche, aprendemos a vivir en reciprocidad, cuidando y siendo cuidadas, y construyendo un legado que trasciende nuestras manos y se extiende hacia las generaciones que vienen detrás de nosotras.

Aportes al medio ambiente

Nosotras, las mujeres sikuani, llevamos en la sangre el amor por nuestra tierra, pero también hemos sentido el dolor de verla transformada y lastimada. A lo largo de los años, nuestras tierras han sido tomadas, arrendadas y explotadas por empresas que no entienden la conexión profunda que tenemos con este lugar. Por ejemplo, La Fazenda, con sus cultivos de soya y maíz, no solo contamina nuestras aguas y nuestro aire, sino que también nos quita espacio para nuestras prácticas

de siembra, caza y recolección. Vemos cómo nuestras moricheras, que antes eran fuentes de vida, se vuelven cada vez más débiles, con aguas espesas y plantas que luchan por sobrevivir. Esto no solo afecta a las palmas, sino a nosotras, porque nuestra relación con la tierra es mucho más que trabajo; es parte de quienes somos. Y aunque algunas personas en la comunidad han recibido beneficios económicos de estos arrendamientos, muchas familias no ven ese dinero y, en cambio, cargan con las consecuencias.

El cambio climático también es algo que sentimos de cerca. No es solo algo que se ve en las noticias; aquí lo vivimos cuando los ríos no se llenan como antes, cuando la lluvia no llega o cuando el sol quema más de lo normal. Nosotras sabemos que la forma en que se usan nuestras tierras tiene mucho que ver con esto. Las empresas que explotan la tierra para monocultivos y cría de animales están agotándola y contaminándola, mientras que nosotras siempre hemos tratado de trabajar con cuidado, sembrando lo que necesitamos y devolviendo algo a la tierra. La palma de moriche es un ejemplo de esto. La cuidamos, la sembramos y la usamos con respeto, porque sabemos que si no protegemos lo que tenemos, no habrá nada para nuestras hijas e hijos.

Escuchamos hablar de grandes planes y políticas para frenar el cambio climático, pero muchas veces esos proyectos no piensan en nosotras ni en nuestra forma de vida. Nosotras creemos que la solución no está en traer más industrias o en convertir nuestras tierras en negocios. La solución está en cuidar lo que ya tenemos, en fortalecer nuestras prácticas tradicionales y en dejar que las comunidades que vivimos aquí tomemos las decisiones sobre cómo usar y proteger el territorio. Sabemos cómo trabajar con la tierra sin dañarla, y eso es algo que el mundo debería aprender de nosotras.

A pesar de todo, seguimos trabajando con esperanza. Recuerdo cuando decidimos sembrar una nueva morichera para ayudar a retener el agua en la tierra. Todo parecía ir bien hasta que un conflicto interno llevó a que esa zona fuera quemada. Volvimos a ver solo cenizas y restos calcinados, pero lo que más nos sorprendió fue cómo, pocos días después, las palmas comenzaron a brotar de nuevo, verdes y llenas de vida. Ese momento nos enseñó mucho sobre la resistencia del moriche y sobre nuestra propia fuerza como comunidad. Si el moriche puede renacer de las cenizas, nosotras también podemos reconstruirnos, cuidando lo que tenemos y trabajando juntas.

Nuestro vínculo con el moriche no es solo sobre lo que nos da materialmente. Es un símbolo de nuestra relación con la tierra y de cómo queremos vivir. Cuando trabajamos juntas en las siembras, los tejidos o el cuidado del suelo, no solo fortalecemos nuestras economías, también reforzamos los lazos que nos unen como comunidad. Este trabajo nos ha enseñado que, para enfrentar los retos del presente, necesitamos mirar al pasado, recuperar las prácticas que nuestras abuelas nos enseñaron y adaptarlas al ahora. También nos ha mostrado que nuestras manos pueden cambiar las cosas, siempre y cuando trabajemos juntas y respetemos la tierra.

Sabemos que estos cambios no suceden de un día para otro. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí, y todavía hay mucho por hacer, especialmente cuando hablamos de compartir las responsabilidades dentro de la comunidad. Cuidar la tierra no debería ser solo cosa de mujeres; es algo que todos debemos hacer. Sin embargo, hemos avanzado. Ahora somos nosotras quienes

lideramos las siembras y las prácticas de cuidado del moriche, retomando tradiciones que parecían olvidadas y adaptándolas a nuestras propias necesidades. Con cada palma que sembramos, sabemos que estamos sembrando un futuro mejor, no solo para nosotras, sino para las generaciones que vienen detrás.

Cuidamos nuestra tierra

Nosotras siempre hemos sabido que cuidar es mucho más que una palabra o un trabajo que alguien nos asigna. Es algo que hacemos con nuestras manos, con nuestro cuerpo y con el corazón. Aquí, en nuestra comunidad, cuidar significa estar atentas a la tierra, al agua, a las plantas y a todo lo que nos rodea. No se trata solo de cuidar nuestras familias, que también lo hacemos, sino de cuidar de las palmas de moriche, del monte, de la vida que crece junto a nosotras. Cuando trabajamos en la morichera, sentimos que no somos solo nosotras las que damos; también recibimos. Las palmas nos alimentan, nos protegen del sol y nos dan materiales para crear cosas útiles y hermosas. En esos momentos, cuando nuestras manos tocan las fibras o preparamos las semillas, entendemos que este cuidado es mutuo, que nosotras cuidamos de la tierra, pero ella también cuida de nosotras.

El trabajo con el moriche no es algo que hacemos solas. Aquí, todas nos apoyamos. Las mayores nos enseñan cómo tratar las fibras con paciencia, cómo elegir las semillas que germinarán mejor o cómo tejer canastos que duran años. Las niñas, mientras tanto, observan y ayudan en lo que pueden, aprendiendo desde pequeñas lo importante que es cuidar del monte. Este aprendizaje no se da en libros, sino en el día a día, mientras compartimos risas, cantos y el esfuerzo de nuestras manos. Todo esto no es solo para sostener nuestras familias, aunque claro que nos ayuda económicamente. También es nuestra manera de resistir frente a las empresas que quieren transformar nuestra tierra en algo que no conocemos, algo frío y lejano. Aquí nosotras decidimos cómo queremos vivir, y el cuidado es nuestra forma de decir que no estamos dispuestas a perder lo que somos.

Cuidar, para nosotras, no es solo trabajo; es un acto de resistencia. A través del Unuma, esa forma de trabajar juntas, seguimos mostrando que cuidar de la comunidad y de la tierra es lo mismo. No es fácil, porque muchas veces el trabajo que hacemos no se ve ni se reconoce. Pero nosotras sabemos lo que vale. Sabemos que sin el cuidado, sin nuestras manos y nuestras ganas de sostener la vida, no habría moricheras, ni alimentos, ni futuro para nuestras hijas e hijos. Por eso seguimos adelante, tejiendo, sembrando y cantando, recordándole al mundo que el cuidado es el motor de todo. Lo hacemos por nosotras, por nuestras familias, por el monte, y porque sabemos que, al final, cuidar de la tierra es cuidar de nosotras mismas.

Nuestro futuro con las palmas de moriche

Nosotras, las mujeres sikuani, vemos en las palmas de moriche no solo un recurso, sino una aliada de vida, una compañera que nos enseña sobre resiliencia, adaptabilidad y cooperación. Cada vez que entramos a la morichera con nuestras herramientas, el machete o el cuchillo en la mano, sentimos la conexión entre nuestras vidas y las de las palmas. Cortamos sus cogollos con cuidado,

sabiendo que este acto no daña su tronco fuerte y liso, que lleva las marcas de las hojas que ya cayeron. Luego, con paciencia, raspamos las hojas tiernas para sacar las fibras, esas lianas que se convertirán en los hilos de nuestros tejidos. Es un trabajo que hacemos con nuestras manos, pero también con el corazón, porque mientras trabajamos, cantamos. Les hablamos a las palmas, las acompañamos con nuestras melodías, como si nuestras voces les dieran fuerza para seguir creciendo. Sabemos que las palmas escuchan; hemos visto cómo responden, cómo parecen florecer mejor cuando las cuidamos con esa mezcla de técnica y afecto.

El moriche es un ejemplo vivo de la fortaleza de las plantas. A diferencia de los humanos, las palmas no tienen prisa, no corren; se adaptan. Cuando el fuego las alcanza, las vemos chamuscarse, quedar negras y quebradizas, pero, pocos días después, empiezan a brotar nuevas hojas verdes que contrastan con el suelo carbonizado. Nosotras aprendemos de ellas, de su capacidad para resistir, para regenerarse. Igual que ellas, buscamos cuidar y reconstruir nuestra relación con la Tierra. En esta convivencia, las palmas nos ofrecen su material para nuestros tejidos, y nosotras les ayudamos a dispersarse, a mantenerse. Es un intercambio que ha existido desde siempre, un ciclo de dar y recibir que mantiene la vida en este territorio. Por eso, cuando trabajamos juntas en el Unuma, nos sentimos como las palmas: sin jerarquías, en cooperación, conectadas por un propósito común. Ellas nos enseñan que la vida no se trata de dominar, sino de coexistir, y eso es lo que queremos para nosotras y para quienes vengan después.

Conclusiones

Nosotras, las mujeres sikuani, tejemos nuestras historias entre las fibras del moriche, entre los cantos que entonamos al sembrar y los pasos que damos al caminar la morichera. En cada palma, vemos una extensión de nuestras vidas, una continuidad que nos conecta con nuestras abuelas y con nuestras nietas. Este trabajo no es solo un acto de siembra o de tejido; es un acto de amor hacia la tierra, una conversación con el pasado y una promesa al futuro. Hemos aprendido que cuidar del moriche es cuidar de nosotras mismas, de nuestras familias y del equilibrio que sostiene nuestra existencia en este mundo.

A lo largo de este proyecto, nos hemos reencontrado con las raíces de nuestras prácticas, esas que florecen desde la memoria y se adaptan al presente. Descubrimos que cada semilla tiene su tiempo y que cada fibra que tejemos lleva consigo historias que necesitan ser escuchadas. Nos hemos enfrentado a desafíos: la demora en los recursos, las quemas imprevistas, los cambios en el clima y las tensiones que trae consigo compartir un territorio. Pero, como el moriche, hemos aprendido a resistir, a adaptarnos y a florecer en medio de las dificultades.

Sabemos que el cuidado de la tierra no es un acto aislado, sino una red de gestos que nos une como comunidad. En cada Unuma, en cada jornada de trabajo compartido, tejemos no solo fibras, sino también relaciones y aprendizajes. Nos fortalecemos juntas, en una danza que entrelaza generaciones. Nuestras abuelas, con su sabiduría, guían nuestras manos, y nuestras hijas, con su

energía, nos recuerdan que este esfuerzo no es solo por nosotras, sino por todas las que vendrán después.

En el suelo húmedo donde germinan las semillas, vemos reflejada la fertilidad de nuestras propias vidas. Nos maravillamos al observar cómo, bajo nuestras manos, la tierra respira, se renueva y da vida. Cada palma que brota es un testimonio de nuestra capacidad para sanar el entorno y de nuestra interdependencia con él. Hemos aprendido que el acto de sembrar no solo transforma la tierra, sino también nuestras percepciones, nuestras relaciones y nuestra forma de habitar el mundo.

El moriche nos enseña a ser pacientes, a esperar los tiempos de la naturaleza, a entender que todo tiene su ciclo. Nos recuerda que el cuidado no es una tarea rápida ni inmediata, sino un compromiso constante y recíproco. En este aprendizaje, hemos encontrado una forma de resistir frente a las presiones externas que buscan transformar nuestro territorio en mercancía. Nuestra resistencia es silenciosa, pero firme: cuidamos, tejemos, sembramos, y al hacerlo, preservamos nuestra identidad.

La relación con el moriche trasciende lo material. Es un diálogo con la tierra que nos sostiene y con los seres que comparten este espacio con nosotras. En cada fibra tejida, en cada semilla plantada, se inscriben nuestras historias, nuestras luchas y nuestras esperanzas. Sabemos que nuestra conexión con esta palma no solo alimenta nuestras economías, sino que también nos da fuerza para enfrentar los desafíos del presente y construir un futuro más justo.

Nuestro trabajo con el moriche nos ha enseñado que la regeneración es posible, que incluso tras las quemas y los conflictos, la vida encuentra formas de resurgir. Hemos aprendido a confiar en la resiliencia de la naturaleza y en nuestra propia capacidad para adaptarnos. Cada palma que vuelve a crecer nos inspira a seguir adelante, a cuidar de este territorio con el mismo respeto y amor que él nos ofrece.

En nuestras manos, el moriche se transforma en objetos que son a la vez útiles y bellos, pero también en símbolos de nuestra resistencia y creatividad. Cada canasto, cada accesorio que tejemos, lleva consigo la memoria de nuestras prácticas y la esencia de nuestra relación con la tierra. A través de estos objetos, compartimos nuestra historia con el mundo, mostrando que nuestras manos tienen el poder de construir futuros sostenibles.

El proyecto nos ha permitido mirar más allá de nuestras comunidades, conectar nuestras experiencias con las de otras mujeres y compartir nuestras prácticas en espacios más amplios. A través de talleres y encuentros, hemos demostrado que nuestros saberes tradicionales son esenciales para enfrentar los desafíos globales. Nos sentimos orgullosas de contribuir, desde nuestras prácticas, a la conservación de la biodiversidad y a la regeneración de los ecosistemas.

Sin embargo, también somos conscientes de los retos que enfrentamos. Sabemos que proteger nuestro territorio requiere un esfuerzo constante y colectivo, y que las amenazas externas no desaparecerán fácilmente. Pero tenemos la certeza de que, mientras sigamos trabajando juntas, mientras sigamos cuidando del moriche y de nosotras mismas, podremos superar cualquier obstáculo.

Nuestro compromiso con el moriche no termina aquí. Este proyecto es solo el inicio de un camino que queremos seguir recorriendo, un camino que nos lleva a profundizar nuestra conexión con la tierra y a fortalecer nuestras prácticas. Nosotras, las mujeres sikuani, continuaremos sembrando, tejiendo y cuidando, sabiendo que cada gesto, por pequeño que sea, contribuye a construir un futuro más armonioso para nosotras y para quienes vendrán después.

Al final, entendemos que no estamos solas en esta labor. La tierra nos acompaña, las palmas nos guían, y nuestras voces se entrelazan con las de otras comunidades que también luchan por cuidar de sus territorios. Juntas, seguimos tejiendo historias, relaciones y futuros, convencidas de que nuestro cuidado y amor por la tierra son las raíces que sostienen la vida.